

tienen en el día. No tenemos necesidad de apelar á nuestros libros sagrados que declaran que Adán y Eva ántes de su caída vivían apaciblemente en medio de las criaturas de Dios. El hombre era entonces su rey pero sin que tuviese que imponer su autoridad, porque hasta las fieras le aceptaban sumisas, hasta que vino la desobediencia de nuestros padres á las órdenes del Creador, que trajo consigo la rebelión de todos los súbditos y que estableció la guerra entre el hombre y la creación.

Si pasamos de nuestra creencia á las fábulas de los indios, hallamos la naturaleza animal mezclada con todas las leyendas de sus dioses. Los salvajes de la América del Norte

iban mas adelante todavía, pues según su tradición todos los seres animados que cubrían la tierra no habían formado, en un principio, sino una sola raza, y las tribus descendían directamente de su primo el Oso ó de su tío el Castor. Por eso atacaban á los animales que iban á cazar, como á los guerreros de una tribu extranjera, esto es desafiándolos al combate con palabras coléricas.

Fácilmente se concibe cómo estas tradiciones han asociado, por decirlo así, los animales á nuestra existencia, pero preciso es confesar que ellas han sido la explicación de un instinto natural que Dios nos había dado.

Al acordar al hombre, además de sus fuerzas individua-



Van den Veldt. — La muerte del Ciervo. — Dibujo copiado de Landseer.

les, la prodigiosa inteligencia que debía hacerle conquistar necesariamente las fuerzas de la naturaleza entera, el Creador hubo de confiarle unos medios de destrucción tan terribles que habrían producido bien luego la desaparición de toda criatura viva, si no hubiese cuidado de colocar al lado de ese poder los instintos de simpatía que debían limitarle. De este modo, al propio tiempo que el hombre adquiría por su industria un derecho de vida y muerte sobre los animales odios, sentía ensancharse en él el sentimiento de una afectuosa conmiseración hacia esos condenados dependientes de su voluntad, y de aquí nacieron las leyendas de la América y de la India.

También debemos observar que la simpatía hacia los animales fue creciendo con la civilización, es decir, á medida que los hombres se iban acercando al fin á que estaban destinados. Los pueblos cazadores son por todas partes los mas salvajes, y los que poseen menos instintos sociales. Allí

donde se constituyen las grandes naciones, y donde se definen las costumbres por la expansión de la inteligencia, disminuye proporcionalmente la destrucción de las criaturas animadas, limitándose á la estrictamente precisa para la conservación de la familia humana.

Y no solamente se deja de matar á los animales por el placer de matarlos sino que se pone cuidado en evitarles todo dolor inútil: hasta los mismos legisladores cuidan de este punto, habiendo declarado que todo ser viviente tiene derecho á nuestro respeto, y que todo tormento innecesario que se les prodigue, es un acto de barbarie digno de castigo.

Evidentemente las leyes han repetido en cuanto á esto el sentimiento general, y la regla estaba en las costumbres mucho antes.

Por otra parte, á falta de razonamientos, los hechos hablan. De dónde provienen esos dramas en que todos los animales susceptibles de educación han sido introducidos suce-

sivamente como héroes? y de dónde provienen también esas pinturas que el artista trata de conmovernos con sus infortunios? Ya hemos publicado anteriormente una composición de este género, la Inundación; hé aquí una nueva escena en que el eminente artista inglés que llaman el Ary Scheffer de los animales, nos presenta un ciervo en la agonía.

El noble animal se ha burlado largo tiempo de las perros, atravesando matorrales, saltando barrancas y subiendo colinas, hasta que al fin muerto de cansancio se lanza á las orillas del lago intentando pasar al lado opuesto. Pero dos perros de la jauría dispersa, se han encarnizado persiguiéndole, y ambos suspendidos á sus carnes, la cubren de mordeduras. El ciervo levanta la cabeza otra vez mas y uno de los perros rueda en las ondas mortalmente herido, pero el otro se obstina rabioso. El animal vencido siente que su vida se escapa, sus pies tocan en el agua al acaso, y por un movimiento convulsivo; su ojo se vuelve y se apaga, y la corriente le lleva hácia la cascada sin que él lo note, y cuando ni siquiera piensa en prolongar algun tanto su agonía. Ya las olas principian á envolverle y la piedra le desgarró el costado; un instante mas y desaparecerá en el golfo con sus dos enemigos que morirán también en su funesto triunfo.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 34, 45, 53, 62, 66, 71, 82, 90 y 101.)

XXV.

Frantz se aprovechó de este momento para retirarse á su cuarto. La prudencia le ordenaba salir de la posada inmediatamente, porque su astucia podía descubrirse de un momento á otro, y por otra parte las locuras de Schwartz podían despertar las sospechas de Ritter, que era milagro que hubiese caído en un lazo tan grosero.

Sin embargo aun no había anochecido lo bastante para que Frantz se atreviese á ejecutar su proyecto de entrar en el Steinberg.

Además había dado su palabra de no emprender ninguna cosa antes de que volviese Sigismundo, y á pesar de la gravedad de las circunstancias, dudaba si debía esperar los consejos y auxilios de su buen amigo.

El recuerdo del espantoso aviso que había recibido aquella misma tarde de Magdalena Reutner vino á renovar sus angustias. Wilhelmína estaba en peligro; todas las demás consideraciones comparadas con esta no eran nada.

Al cabo de algunos instantes de reflexión, Frantz encendió una luz y se puso á escribir á Sigismundo.

Concluida la carta, buscó quien podría encargarse de entregársela á Muller secretamente cuando llegase al otro día: el acaso vino en su socorro.

El ruido de una disputa bastante animada se oyó en el cuarto vecino, y en el mismo instante, Augusta, la hija del posadero, con las mejillas encendidas, se precipitó en el aposento donde estaba Frantz; al verle quiso retirarse, pero el joven la detuvo preguntándola:

— Qué es eso, Augusta?

— Nada, nada, respondió ella queriendo hacer una reverencia, nuestro amigo Alberto corria detrás de mí porque

después que se ha marchado el señor Sigismundo me está persiguiendo sin cesar. Ahora se ha puesto hecho un demonio, dice que es un príncipe y que puede hacer todo lo que quiera.

— Si fuese así, cuántos hombres envidiarían ese derecho, dijo Frantz con una melancólica sonrisa.

— Que sea príncipe ó no lo sea, lo cierto es que á mí no me gusta, repuso la muchacha con enfado; prefiero mil veces al señor Sigismundo. Este sí que es un estudiante político y bien educado, lo mismo que vos, señor Frantz, y sin mentir...

Frantz tuvo una idea súbita, é interrumpió á la joven en medio de sus confidencias.

— Pues bien, Augusta, queréis hacernos un gran favor á Sigismundo y á mí?

— Con mucho gusto.

— Tomad este billete y entregádselo á Muller en cuanto vuelva de Manheim que será esta noche ó mañana... y sobre todo, no se le enseñéis á nadie.

— Así lo haré, dijo Augusta guardando el papel en su corpiño; pero vais á dejarnos?

— Eso no basta, Augusta, tengo también otra cosa que pedir.

— Estoy á vuestras órdenes, pero apresurados, porque mi padre me va á llamar de un momento á otro... toda la casa está revuelta para disponer la cena del que se llama príncipe y del nuevo señor del Steinberg.

— Dadme la llave de la cadena que sirve para amarrar la barca de vuestro padre...

Además le pidió varios objetos que necesitaba, para poner en planta su proyecto. La joven le escuchaba con una sorpresa mezclada de inquietud.

— Os traeré todo eso, pero decidme qué queréis hacer... — No me preguntéis nada, otro día sabréis el inmenso servicio que me habeis hecho.

Augusta salió en silencio, y un momento después volvió con los objetos que Frantz le había pedido. Entre otras cosas traía una linterna, una bolsa de encender, y un pico muy grande que podía servir en caso de necesidad de arma ofensiva. Frantz se apoderó de estos utensilios, le dió las gracias y salió precipitadamente dejando á Augusta atónita de asombro. Los alguaciles estaban muy ocupados con Alberto, de modo que pudo salir de la posada sin ser visto.

La noche estaba fresca y apacible. Una ligera brisa cargada de las emanaciones del musgo acuático soplabá por intervalos. La luna se alzaba en aquel momento por el otro lado del Rhin, trazando largos surcos de plata sobre las negras aguas del majestuoso río.

El silencio mas profundo reinaba en ambas riberas.

Frantz volvió los ojos hácia el castillo, que se elevaba á su izquierda como una monstruosa cuesta.

A aquellas horas, el edificio y la roca se confundían en una niebla cenicienta. Ninguna luz, nada que pareciese humano indicaba que la antigua torre del Steinberg no estuviese ya exclusivamente abandonada á los espectros que suponía la tradición local.

Pero Frantz, sin detenerse á considerar ese aposento de desolación solitaria, echó á andar á lo largo de la ribera hasta que llegó á la base de la roca del Steinberg casi al borde de las aguas.

Allí Frantz titubeó un poco y trató de cerciorarse del sitio en medio de la oscuridad que le rodeaba, pero esta investigación no duró mucho; como las observaciones que había hecho durante el día eran muy exactas, se dirigió en dere-

chura hacía una roca que figuraba una especie de gruta tenebrosa.

El estudiante se detuvo y con los pies en el agua y el oído atento, miró por todos lados á fin de saber si le veían.

Tranquilizado por el silencio, encendió su linterna, y á beneficio de su trémulo resplandor se puso á examinar cuidadosamente el sitio en que se hallaba.

Nadie habria visto otra cosa en esta cavidad mas que un acaso ordinario de la naturaleza, pero el joven puso su linterna á su lado, y armado con el pico que le habia dado Augusta empezó á echar abajo fuertemente las piedras cubiertas de musgo que se hallaban amontonadas en el fondo de la gruta.

Estas piedras parecían formar una sola, pero sin embargo estaban sueltas, puesto que al primer choque salieron rodando por el suelo.

Frantz apenas pudo contener un grito de alegría; su mano estaba trémula y su corazón latía con violencia: su pico pegando contra una placa dió un sonido sordo, profundo y lúgubre que parecía venir de las entrañas de la tierra; al cabo habia encontrado ese misterioso pasaje que solo conocían los antiguos señores del Steinberg, y cuya existencia habian ocultado tan cuidadosamente á todos los hombres.

Aquel era pues el camino de la Huida, cuyo secreto le habia sido revelado de un modo milagroso por una cigüeña, y ese camino iba quizá á llevarle al lado de su querida Whilhelmina!

Este pensamiento aumentaba sus fuerzas, y las piedras que iban cayendo una por una le mostraron bien luego distintamente una puertecilla baja que habia estado oculta hasta entonces.

Sin embargo á medida que iba adelantando en su tarea, sentía que renacían sus temores; la puerta podia resistir á sus ataques, y no tenía medio ninguno para abrirla.

Además, si tenía que hacer grandes esfuerzos se esponía á que le oyeran en la aldea, situada á unos quinientos pasos del sitio en que se hallaba.

Felizmente estas incertidumbres duraron poco; introdujo el instrumento de hierro entre la roca y la puerta y pegó un fuerte sacudimiento. Los goznes y las cerraduras, rotas por la humedad de tantos siglos, cedieron, y la puerta cayó con gran estrépito.

Inmediatamente salió por el subterráneo una bocanada de aire mortífero; Frantz se cayó casi asfixiado sobre las piedras que habia quitado con tanto trabajo.

El aire puro y fresco que venia del rio le devolvió al instante el uso de sus sentidos.

Entonces se levantó aunque con trabajo, y quiso arrastrarse hácia la entrada del subterráneo, pero sus miembros se negaron á ello.

Además la llama de su linterna se apagaba, señal evidente de que todavía no se habian exhalado enteramente los gases deletéreos acumulados en el fondo de la caverna; dar un paso mas en el subterráneo ántes de que se hubiese renovado el aire habria sido esponerse á una muerte cierta, y por esto esperó para no comprometer su vida y sobre todo el resultado de su empresa.

Sentóse pues á la entrada de la gruta, pero como estaba devarado de impaciencia, al punto se volvió á levantar, tomó su linterna, y después de haber hecho la señal de la cruz entró en el subterráneo con paso resuelto.

Esta nueva tentativa pudo traerle funestas consecuencias; se sentía oprímido y casi sofocado, y sin embargo no retrocedió una línea, y todavía temiendo que el acaso no llevase

allí á alguna persona que descubriese la entrada del Camino de la Huida, trató de volver á colocar en su lugar los restos de la puertecilla secreta.

Tomada esta precaucion entró en el pasaje que subía como un sendero subterráneo por el corazón de la roca.

Por fortuna, sea que los gases moféticos, naturalmente muy pesados se hubiesen acumulado en la parte inferior del subterráneo, ó sea que entrase el aire por alguna traga luz desconocido, Frantz conforme iba adelantando, sentía disminuir su malestar, y su respiracion era mas sosegada; bien luego tuvo bastante presencia de ánimo para determinar el sitio en que se hallaba y darse cuenta de sus impresiones.

El pasaje era estrecho, bajo y estaba cortado á pico en la roca, formando una larga escalera cuyo punto culminante era la base del castillo.

Por algunos sitios el agua que escurrían las paredes habia formado en la bóveda pequeñas estalactitas cuyos blancos cristales chispeaban heridos con los rayos de la linterna.

El silencio mas completo reinaba en aquellas sombrías galerías; únicamente el ruido de los pasos de Frantz formaba un débil eco, como si el estudiante fuese seguido por algun ser invisible.

Cuando se detenía, ese ruido siniestro cesaba de repente; entonces una gota de agua cayendo de la bóveda, pegaba en la roca y producía una nota lenta, musical, llena de melancolía.

Por fin creyó haber llegado al término de su paseo subterráneo, porque habia dado ya tantas vueltas que le parecia imposible el estar aun lejos de la torre.

A su izquierda habia una puerta practicada en la pared de la roca que llena de hierros y cerrojos parecia haber resistido á las injurias del tiempo.

El joven se detuvo, y sacando de su bolsillo el pergamino del hinkende, buscó en el plano trazado por el baron Hermann, alguna indicacion relativa al sitio en que se hallaba pero precisamente esa parte del plano estaba casi indecifrable y presentaba una multitud de líneas muy confusas.

Frantz juzgó que se habia engañado, y que debía marchar adelante.

Sin embargo antes de proseguir su camino y de entrar en el pasaje negro que continuaba á la otra estremidad de esa especie de esplanada, esperó la curiosidad de abrir aquella puerta.

Con este objeto trató de descorrer los cerrojos que cedieron aunque con trabajo.

Un grueso candado de forma extraña y muy tomado, presentó menos dificultad, porque cayó en cuanto le tocó con su mano.

Entonces Frantz, reuniendo todas sus fuerzas, empujó la puerta que jiró trabajosamente sobre sus goznes rechinando de un modo siniestro, en las profundidades del subterráneo.

XXVI.

El joven lleno de un terror supersticioso, penetró en un lúgubre recinto.

Veíanse allí todavía algunos restos de muebles groseros; las fuertes argollas que habia en los ángulos de aquella cueva demostraban que habia podido servir de cárcel en algun tiempo.

Allí era en efecto donde en otro tiempo habian perecido segun decían Berta de Steinberg y el señor de Stoffels,

victimias de la implacable venganza del baron Manuel.

Pero Frantz ignoraba esta leyenda, y aun cuando la hubiese sabido no habria sentido mas horror que el que experimentaba al ver aquel calabozo misterioso de los feroces barones de Steinberg.

Ya iba á retirarse de allí aterrizado, cuando vió un cofrecito de encina metido en un nicho practicado en la misma piedra: levantó la tapa, y vió unos legajos de papeles y de pergaminos con antiguos escudos de armas; allí era donde los barones de Steinberg habian ocultado en otro tiempo sus riquezas, fruto de sus exacciones y rapiñas.

Sin embargo el cofre no contenia ningun valor en oro ni plata; y aun aquellos papeles que sin duda el baron Hermann habia depositado allí, no podian ya ser utiles á sus descendientes, pues apenas Frantz los tocó cuando cayeron en polvo.

El estudiante lanzó un suspiro y salió de aquel triste lugar, entrando en el escarpado corredor que debía llevarle á la torre, hasta que bien luego se convenció de que llegaba al término de su viaje subterráneo.

El pasaje no iba ya por la roca sino que se hallaba construido en el grueso de una pared.

Frantz tenía que subir ahora una escalera muy pendiente; el aire que le rodeaba se iba volviendo menos denso, y aun por momentos le parecia sentir una ráfaga de brisa exterior que entraba por alguna imperceptible rendija del muro.

Entretanto continuaba su penosa ascension, escuchando si algun ruido extraño no vendría á anunciarle la proximidad de los hombres.

De repente se encontró detenido por un obstáculo inesperado... encontróse con una pared delante y allí se concluía el subterráneo; ni á derecha ni á izquierda se descubrían señales de salida.

Frantz se quedó aterrado un instante. Sin embargo examinando con mas cuidado aquel obstáculo, recobró alguna esperanza. Las piedras de aquel muro, aunque dispuestas regularmente, no estaban adheridas entre si como las que tapaban la otra estremidad del pasaje, por lo cual no podian servirle de barrera.

Pero el pobre joven aniquilado por su reciente enfermedad, habia agotado ya todas sus fuerzas; aquella marcha tan penosa, aquel trabajo manual á que no se hallaba acostumbrado, y aquel aire mofético que respiraba, le habian debilitado cruelmente; su cabeza bamboleaba y apenas tenía alientos para sostenerse en pié.

Sin embargo la idea de que Whilhelmina podia ser víctima de las violencias de su hermano le devolvió al instante su energia; empezó á pegar con su pico en la fatal pared, y las piedras, como no se hallaban ligadas entre si, caian en cuanto las tocaba.

Este ruido repetido por los ecos del subterráneo, fué el que aterrizó á la pobre Whilhelmina.

Frantz logró al fin demoler los materiales que obstruían la salida de la galería, pero sin embargo no por eso se hallaba al fin de su penoso trabajo.

Detras de la pared habia una enorme placa de hierro, y para penetrar en el castillo era indispensable superar tambien este postrer obstáculo. Ahora bien, de su frente caía un sudor frio, su mano apenas podia sostener el pico que llevaba, y todo lo hacia ya por una especie de movimiento maquinal y convulsivo.

Por fortuna distinguió á la estremidad de la placa un cerrojo, que comunicaba con un resorte secreto colocado por el lado opuesto. Al cabo logró poner en movimiento este

cerrojo, y por último reuniendo todas sus fuerzas en su primero esfuerzo trató de separar la placa.

Si hubiese resistido, el pobre Frantz habria sumebido bajo el peso de tantas fatigas y emociones; pero no le estaba reservada tan terrible prueba; la placa giró lentamente sobre si misma, y el cuadro que descubrió entónces el joven le devolvió la vida próxima á abandonarle.

La pesada masa de hierro que habia corrido era la placa de la chimenea del aposento que Whilhelmina ocupaba.

Frank apoyándose con una mano en la pared, permaneció un momento inmóvil y como estasiado. Whilhelmina debilmente alumbrada por una lámpara, se hallaba de pié en frente de él con los brazos extendidos; se hallaba de pié en su palidez la hacían asemejarse á una estatua de mármol. Parecía que queria gritar, porque su boca estaba entreabierta y su pecho agitado, pero el sonido espiraba en sus labios.

Sin embargo se sonreía dulcemente, sin duda se creía juguete de su imaginacion, y aun el mismo Frantz no se atrevía á dar crédito á sus ojos, tan inesperada y grande era la dicha que en aquel momento experimentaba.

Por fin, dominando su emocion, se lanzó en el cuarto, y Whilhelmina hizo un ademán de terror; pero su marido la tomó la mano y la apretó sobre su corazón con un gozo inefable.

— Whilhelmina! ángel mio! vida mia! murmuró Frantz fuera de si, con que te estoy viendo de nuevo? Ah! Bendito sea Dios que me ha traído hasta aquí donde tanto habrás padecido llamándome!

Y al mismo tiempo la cubria de besos y de lágrimas. Whilhelmina recibia pasivamente estas ardientes caricias; habia sufrido ya tantas y tan diversas emociones, que no podia creer en la realidad de lo que pasaba.

— Oh! Dios mio! murmuraba entre si, tambien yo me he vuelto loco? ¿oigo su voz, siento su mano, le estoy viendo... es un sueño, Dios mio, es un sueño?

— No es un sueño mi querida Whilhelmina, repuso Frantz acompañando con nuevas caricias sus palabras, soy yo, Frank, vuestro amigo, vuestro esposo... Mirad cuidadosamente designando la galería secreta en la que brillaba la pálida luz de la linterna, aquí no hay magia ninguna ni ningun sortilegio... El acaso, ó mas bien la Providencia, me ha hecho descubrir este pasaje hoy ignorado de la humanidad entera, hasta de vuestro mismo hermano... y me he aprovechado de él para salvaros.

A medida que iba hablando parecia que la joven volvía á entrar en el uso de sus facultades. Una alegría pura é inefable se reflejaba en sus ojos y en su rostro; por último rodeándole el cuello con sus brazos exclamó alborozada:

— Frantz, mi querido Frantz! no comprendo como estais aquí, como habeis podido penetrar hasta este cuarto... pero soy tan dichosa, gracias, Dios mio, gracias!

(Se continuará.)

ADRIANO VAN DEN VELDE.

Tres veces vamos á hablar seguidamente del pintor Van den Velde, y en este concepto principiaremos por su biografía en vez de diseminarla en tres fragmentos diferentes. Por otra parte vamos á presentar á nuestros lectores una noticia bien preciosa, puesto que la tomamos enteramente de una traduccion manuscrita del holandés Houbraken, cuyo libro no ha visto la luz sino en el poco conocida lengua de su autor. Esto lo debemos á nuestro excelente amigo M. F. Villot,

el entendido conservador de la pintura en el Museo del Louvre.

Hé aquí la noticia de que hablamos:

«Adriano Van den Velde, nacido en Amsterdam en 1639, manifestó desde su infancia una inclinación decidida por el dibujo, así como por la pintura. En el tiempo en que iba á la escuela, llevaba ocultamente plumas, pinceles y colores de su hermano Wilenz, pintor de buques, que empleaba en dibujar y pintar muñecos sobre cuantos papeles le caían en



El buey y los carneros.

tura, y ninguna afición á la profesión que él ejercía, que era pintar los buques, juzgó conveniente colocarle en casa de Juan Winantz, y es de notar aquí que cuando enseñaron á Winantz lo que el joven había dibujado y pintado, la mujer de su futuro maestro que se hallaba presente le dijo: «Winantz, ahí tienes tu maestro.» Con el tiempo se conoció la verdad de esta predicción.

»Van den Velde se ejerció algunos años con este maestro, después de lo cual se puso á pintar por sí vacas, bueyes, rebaños y paisajes, yendo regularmente todos los días á dar una vuelta por el campo con una cartera para copiar la naturaleza, práctica que observó después constantemente una vez por semana hasta su muerte.

«El infinito número de sus cuadros que se ven en los ga-

las manos. Un día pintó con colores una lechería en las tablas de la cama de su padre, y como esta obra era superior á las fuerzas de su edad, sobre todo no habiendo recibido instrucción ninguna, mereció los honores de que se condecora largo tiempo en su familia.

»Ese hecho me ha sido afirmado por su hija, que en el día es mujer del agente de cambio Sodyn, en Amsterdam, y por ella he sabido también que el padre de Van del Velde, habiendo hallado en su hijo una disposición tan particular por la pin-

ADRIANO VAN DEN VELDE.



La siega.

Acabamos de ver en unas cuantas líneas rápidamente escritas por un testigo ocular, si así puede decirse, la sucinta biografía de Adriano Van den Velde. Hablando de este pintor se ha repetido, aunque modificándolo, el dicho de Virgilio sobre Marcelo, para significar que fué del corto número de esos artistas que la naturaleza no ha querido mostrar mas que por un instante, para acrecentar tanto mas nuestro sentimiento sobre la corta duración de su existencia.

Adriano Van den Velde será llorado siempre, porque como Rafael, Lesueur, Pablo Potter y Gericault, murió á una edad en que tenía aun delante de sí un porvenir entero.

Sin embargo Adriano Van den Velde á pesar de haber muerto á 33 años cuando apenas comenzaba su carrera, semejante á un árbol cargado de flores mas abundantes que el fruto que habia dado, ha dejado un nombre que es uno de los mas célebres en la escuela de los Países Bajos.

Cinco artistas existen en esta escuela con el nombre de Van den Velde, entre los cuales Willians, célebre pintor de marinas, ha sido muchas veces confundido con Adriano. Parecenos conveniente rectificar este error que suscita muchas dudas entre los aficionados, cuando se trata de examinar sus respectivas producciones.

Si el primero obtuvo mucha celebridad en el arte de pintar con precisión y tino las marinas y todo lo relativo á ellas, el segundo se distinguió por un talento admirable en el paisaje y los animales que pintó con un gran sentimiento de injenitud y de candor, y con una verdad maravillosa.

No hay mas que examinar el *Buey y los Carneros* y la *Siega*, para convencerse de que se está viendo la imágen

mas fiel de la naturaleza, del campo, de los animales, y de los labradores de las llanuras de la Holanda.

Pocos cuadros hay que, en este género, agraden tanto como los suyos. Tan gracioso como Berghem, y tan concienzudo como Pablo Potter, nuestro pintor tiene quizá una ventaja sobre estos últimos, que es la de ser mas sencillo y natural que el primero, y mas gracioso y fecundo que el último.

Lo que caracteriza mejor el genio de Van den Velde, y fija mas la atención de los aficionados en sus obras, es que al mismo tiempo que en ellas se descubre un perfecto acabado, hay también un calor de colorido sostenido siempre. Sus nubes muy bien agrupadas, son claras, ligeras y brillantes, sus arboles son escogidos y presentan en sus contornos una sorprendente variedad, y por último el aspecto general en sus cuadros es siempre selecto y agradable. A esto debemos añadir que ningún paisagista ha dibujado figuras mejor que él, como puede juzgarse por las que se hallan en la *Siega*, y en las *Diversiones del invierno*.

La prueba de que dibujaba perfectamente las figuras, es que ha habido muy buenos pintores holandeses contemporáneos suyos que reclamaron el auxilio de su pincel para dar mas realce á sus lienzos. Entre estos pintores podemos nombrar á Ruysdael, Van del Heyden, Hobbema, Moucheron, Petter Neefs y hasta el mismo Winantz. En esto solo se conoce qué hombre era Adriano Van den Velde puesto que sus figuras embellecían las composiciones de esos maestros.

J. J. ARNOUX.

ESTADO DE LA LITERATURA EN RUSIA.

Admitido el principio de que la literatura de un país refleja su estado social, da á conocer sus costumbres y marca la altura á que se halla de civilización, creemos que se leerá con gusto esta breve reseña acerca de la literatura de ese pueblo que por diferentes conceptos llama la atención de los hombres pensadores.

En época no muy lejana tienen los primeros ensayos de su literatura una tendencia nacional cuyo sello forma su carácter distintivo. Si consultamos sus tradiciones históricas, veremos en la sociedad moscovita, bajo la influencia de Iwan el Terrible, como intenta el espíritu, como pretende el ingenio libertarse de la esclavitud en que gemía, para caer bajo el yugo de una civilización extranjera. En los reinados de Pedro el Grande y sus sucesores, conmovida la Rusia por sus peripecias y cambios políticos, solo aspiran los escritores de aquella época á imitar los franceses y alemanes. Vuelve empero el orden, reina por algún tiempo la calma, y conociendo el vacío que en algún tiempo sentían, empiezan á reproducir sus ideas bajo una forma original, desechando los hábitos de imitación que le esclavizaban á los modelos de otras naciones.

Audaz era la empresa que tomaban á su cargo para emancipar de los literatos de la Europa occidental, empeñados siempre en ejercer sobre ellos una influencia directa. Esta fué la causa de que los primeros esfuerzos diesen escasos resultados hasta que el genio de un gran poeta fundó una escuela popular. Alejandro Pouchkine estaba destinado para causar tal revolución en la república literaria. A su sombra y bajo su influencia y aspiraciones se reflejaron en las obras de arte las tendencias del carácter ruso y el gusto de los poetas que tomaban á Pouchkine por modelo. Lo ideal, los sentimientos de libertad y el arrebatado de pasiones fuertes no tenían cabida allí donde dominaba sucesivamente el trabajo sosegado y meditabundo del pensamiento ruso. Sin embargo, el genio ardiente de Lermontoff personificó esta noble tendencia de la escuela de Pouchkine, cuyo último representante es Apolo Maikoff, joven poeta contemporáneo.

Después que quiso Pouchkine abrir á la literatura un campo mas ancho, darle un giro ménos exaltado, conoció que era tarde, porque sus primeras tendencias habían echado profundas raíces y las páginas enfáticas de sus poemas se veían ya frecuentemente reproducidas. Otra generación debía completar la escuela de Pouchkine, y de esta precisamente se ocupan en la actualidad los grandes escritores de Rusia.

La tendencia exclusivamente nacional de la literatura debida á Pouchkine encontró un poderoso auxilio en el gobierno, porque conocía que despertando estos sentimientos en todas las clases de la sociedad, conseguiría eficazmente concentrar las fuerzas poco á poco divididas y ponerse mejor al abrigo de los embates de la revolución. Esto hizo el emperador Nicolás, y para completar la obra fué preciso que se inaugurase otra escuela con el único objeto de espresar las costumbres de la sociedad rusa. Nicolás Gogol se puso á la cabeza de la nueva escuela, y bajo su influencia la novela y la comedia de costumbres, ocuparon lentamente el lugar de las obras que se dirigían á perpetuar el predominio literario de Pouchkine. Grandes fueron los resultados que produjo la influencia de Gogol, porque durante la revolución de 1848 no se hallaba en la literatura rusa otro sentimiento que el nacional. Distinguese este escritor de los demás de su país por la gran fuerza de imaginación y espíritu analítico á

la que tan poco se presta en general el carácter moscovita. Inclinado á la sátira por un poder irresistible, la ganeja con admirable tacto sin traspasar los límites debidos. Un crítico ruso le ha juzgado en muy breves palabras, que no dejan por eso de encerrar un gran sentido. « Pouchkine, dice, abandona la sociedad por egoísmo. Lermontoff la maldice desesperado, mientras que Gogol llora en ella y sufre... » La literatura rusa, merced á Gogol, conquistó su propia patria. Sin renunciar á la nobleza á las diferencias tradicionales debidas á todo escritor extranjero, aceptó con el mejor deseo las primeras glorias de su nación, y la lengua francesa que por largo tiempo había sido la única en las altas regiones, cedió su puesto á la rusa, á la que de derecho correspondía.

Susceptible de por sí el carácter moscovita y dispuesto siempre á la discusión, háuse suscitado no pocas polémicas con motivo del renacimiento literario comenzado por Pouchkine y completado por Gogol. Mientras los literatos europeos examinaban y discutían la gran cuestión de clasicismo y romanticismo, en Rusia había también dos partidos, que sellaban uno del progreso y otro de la reacción.

Los prosélitos de la escuela antigua tuvieron que haberse las en San Petersburgo con Senkovsky, adversario temible por su erudición y talento, que supo dar á la crítica un tono desconocido hasta entonces en Rusia. Afortunada ha sido esa nación en este ramo de la literatura por el comedimiento, la habilidad y firmeza con que generalmente la han manejado los distinguidos eruditos Kraevsky, Panaeff, Billinsky, Nikitenko, Platneff y otros.

No ha sido empero tan dichosa en el teatro. Todavía se aplauden las antiguas comedias de Fontisen y solo pueden citarse como notables dos magníficas obras, pinturas energicas de las costumbres y estravagancias de la sociedad rusa, titulada, *Gore ó Youana* (Tormentos del ingenio), de Griboedoff, el *Revisor*, de Gogol, y otras dos de Tourgueneff con los nombres de *Un almuerzo en casa del mariscal de la nobleza* y *Una señorita de provincia*. Tan pobre se presenta hoy la escena rusa á pesar de los esfuerzos y felices tentativas de Gogol y Griboedoff!

Bajo mejores auspicios cultivan la novela, especialmente la de costumbres, por avenirse mas su carácter á este género de literatura. Así es que toda composición de esta clase tiene en Rusia un sabor local que la distingue. Además de Col y de Solohoupe que figuran en primera línea, merecen ser citados otros varios entre la gran falange de novelistas que ha inundado el suelo moscovita.

Gautcharoff manejando la sátira con delicadeza, Grigóvitch reproduciendo las costumbres agresivas de los aldeanos y sus penas y placeres, presentan modelos agradables, seccundados por la pluma de Boutkoff que ha sabido describir con maestría la vida íntima de las clases populares. Los cuentos de este último abundan en una dulce y tierna compasión hacia las gentes del pueblo, á quienes llama sus *hermanos*, presentándonos tales cuales son en su vida privada y con arreglo á sus costumbres tradicionales. La afición que de algún tiempo á esta parte se ha despertado en Rusia hacia los estudios simpáticos y agradables de la vida campestre, demuestra el rápido progreso que hacen allí las ideas de justicia y el sentimiento del derecho natural.

También las mujeres rusas han contribuido con sus esfuerzos y trabajos á los adelantos de su literatura contemporánea. La condesa Rostopchine cultiva á la vez la poesía y la novela, y en sus poemas se distingue la elevación de sentimientos, al par que una elegante forma. Las señoras Pauloff y Panaeff ocupan también un puesto en el parnaso de

PRONOSTICADOR DE TEMPESTADES.

Entre los objetos que figuraban en la Exposición de Londres en la categoría de las invenciones nuevas, se distinguió un aparato cilíndrico de tres pies de diámetro y de seis pulgadas de alto, construido en caoba é incrustado de plata, y que lleva el nombre de « Tempest pronosticator » (pronosticador de tempestades). La primera idea de esta invención es debida á Jenner, que notó el efecto de la electricidad de la atmósfera en las sanguijuelas.

El director Merryweather, autor de la máquina actual, se comprometió á hacer sonar la campana mayor de la iglesia de San Pablo de Londres, por el solo efecto de las contorsiones de una sanguijuela á la aproximación de una tempestad, por medio de este ingenioso aparato: se han hecho muchos experimentos que han tenido felices resultados.

EL PLEITO DE LOS PERROS.

Aquí verán nuestros lectores una *fábula dibujada*, representando como siempre una escena en la vida humana parodiada por los animales.

Trátase de un famoso pleito, desde hace mucho tiempo entablado, y cuyo resultado esperan con ansia todas las partes interesadas. El juez es un gran perro de aguas cuyas lanas ha respetado el dibujante inglés, para recordar la inmensa peluca de los magistrados de Inglaterra. Acaba de quitarse los anteojos, como si renunciase á *ver mejor* en el asunto, y entregado á sus meditaciones con el ojo entreabierto, y una pata en el libro de la ley, se dispone á pronunciar la sentencia.

A la derecha se halla el grupo de los interesados que ganan el pleito. Uno de ellos, el faldero que está abajo, se halla muy pensativo con el hocico apoyado en el suelo, comentando en su interior la palabra del juez y esperando con calma la conclusión de los considerandos. Mas arriba, uno de sus compañeros, grueso perro de presa, con la cabeza negra, confiando en su fuerza, que acaso considera como buen derecho, se ha quedado dormido suavemente, y en medio un cachorrillo muy despierto oye con interés las palabras del fallo: la causa se comprendió muy bien, y esto se llama justicia. Por último, encima de todos, medio oculto por la poltrona magistral, se descubre un cuarto interesado convertido enteramente en ojos y oídos, que se sorrie con el mayor placer porque ha ganado el pleito.

A la izquierda están los pobres que pierden. El de abajo alza los ojos al cielo, y toma á los dioses por testigos de la iniquidad de la sentencia. Mas arriba se ve un enorme perro de pastor que aprieta los dientes de rabia; con sus orejitas, sus ojos medio cerrados y su aire feroz y malicioso, parece un enemigo terrible. Una galga, personaje melancólico y discreto, le lanza una mirada de lado, como quien teme verse comprometida por alguna violencia de su peli-groso vecino.

Encima de la galga se ve un gozquillo que se siente demasiado débil para rebelarse contra el juez; detrás de él está un can cerbero apretando los dientes, y diciendo á su vecino: — Ya estás viendo que nos condenan! Antes la muerte que dejar de vengarme del gran juez! El vecino trata de apaciguarle con prudencia.

La escena se completa con el alguacil que desde el fondo de la sala, con las dos patas sobre la balaustrada del tribu-

su patria, porque en sus obras supieron hermanar la gracia con la modestia.

Mas hablemos ahora de Solohoupe, que por sus obras merece llamar la atención de cuantos cultivan la literatura. En ellas se advierten dos tendencias algo opuestas. Admiranse en las unas la fiel pintura de las costumbres y los variados rasgos de una caprichosa fantasía, mientras que predominan en las otras la descripción y el análisis, como sucede en el *Tarantelo*, narración de un viaje por la Rusia. A pesar de ser Solohoupe noble, porque en Rusia no se conoce la profesión de literato, ha prestado grandes servicios á las letras, sin desdudarse por eso las obligaciones de su cargo. En 1841 publicó una colección, titulada el *Narcótico*, de todas las novelas que había escrito, elogiadas ya unánimemente desde que vieron la luz pública. No se hizo esperar mucho tiempo otra colección en prosa y verso titulada *Ayer y hoy*, que prueba como la primera sus dotes de artista y de poeta.

En el *Narcótico* ha reunido once novelas, cuyos argumentos sería demasiado prolijo referir; pero citaremos los nombres de *Una escena del gran mundo*, *El Leon*, *Un oficial del ejército*, *El Oso*, *Aventuras en un camino de hierro*, *Los tres Novios*, *Los dos Estudiantes* y otras. Distinguese por la verdad en los caracteres, por su estilo fluido y por cierto sabor local en las descripciones que solo en Rusia puede apreciarse. Otras muchas obras como son: *la Mujer del Boticario*, *el Yantchik* y *los Chanuelos* podrían confirmar esta opinión si los estrechos límites de un artículo nos permitieran hacer un análisis de cada una de ellas.

Ayer y hoy es una colección de poemas y estudios en prosa, no todos firmados por Solohoupe, donde se encuentran algunos trozos de Joukowsky, de Odoevsky de Bariatinsky, para dar así una ligera idea de sus gustos literarios.

En todas estas obras y algunas otras que no enunciarnos, predomina esencialmente el pensamiento de hermanar sin exageración el espíritu aristocrático con el popular y conceder la parte que corresponde tanto á los ingenios nacionales como á los extranjeros por la influencia que puedan ejercer en el progreso de su literatura. La aristocracia rusa tiene en su mano el llevar á cabo tan laudable pensamiento y el reobrar la iniciativa en un asunto de esta naturaleza que ya tuvo en épocas anteriores. La mano de Catalina II rasgó el velo que oscurecía las letras de su tiempo, haciendo desaparecer el misterio que rodeaba á los anales de su reinado. Hoy se reproduce aquel ejemplo, y así como el tiempo completó la obra empezada por Catalina, de esta suerte progresará la literatura rusa, que solo cuenta algunos años de existencia, si la aristocracia y los escritores de la escuela nacional trabajan sin descansar hasta conseguir la unidad en las obras del ingenio.

Era imposible que una nación como la Rusia, aun en medio de la tiranía que la abruma, no experimentase la necesidad de grabar en su literatura el sello de su propio gusto para que reflejara mejor sus ideas y su carácter público y fuese un nuevo y poderoso instrumento de fuerza moral y política para el porvenir. Ya ha dado el primer paso, ya ha echado los cimientos del gran edificio que tarde ó temprano debe construir. Y así como Pouchkine fué un genio creador en la poesía y Gogol en la novela, algún día aparecerá un astro que señale el camino que conviene al teatro ruso, aunque entre tanto se alimente con traducciones de comedias francesas y vaudevilles.

nal, grita diciendo: — Silencio! — con el perro de la justicia, que trae en la boca un nuevo documento que llega tarde, y con el escribano colocado delante del juez, de la misma raza que este, aunque de una especie mas menguada.

La malicia y la variedad de las expresiones han hecho célebre esta composición entre los ingleses, que, como todo el mundo sabe, tienen un gusto particular por la raza canina, y que generalmente respetan mas sus leyes que sus jueces.



El pleito de los perros.—Dibujo de Freeman, copiado de Landseer.

EL NIDO DE CIGÜENAS,

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las pág. 5, 14, 21, 26, 31, 45, 50, 62, 68, 82, 90, 101, y 109.)

Frank la sostuvo en sus brazos sin lo cual habría caído al suelo, porque la alegría la sofocaba.

— Calmáos, Whilelmina, esta emoción podría traer os fatales consecuencias; pero ya sabéis que no podéis permanecer aquí mas tiempo en medio de los peligros que os rodean...

— Peligros que os pueden alcanzar Frantz, repuso Whilelmina estremeciéndose; hablad mas bajo, mi hermano está en la torre... si os llegase á ver estaríamos perdidos.

— Y qué importa Whilelmina, solo de vos debemos ocu-

parnos... ese pasaje conduce al Rhin, donde nos espera una barca; en pocas horas podemos estar lejos... partamos Whilelmina, partamos.

— Frank, no hay ningún otro medio. .

— Titubeáis en seguirme, y en participar de mi suerte?..

— Os seguiré hasta la estremidad del mundo, dijo el joven con exaltación; pero, mi hermano...

— Y bien?

— Ha perdido el juicio... quién le protegerá contra sus propios furros?

— Whilelmina, todo esfuerzo es inútil, no lograreis verle á la razón. Cuando os halleis en un sitio seguro, tomaremos las medidas necesarias, y ademas, no tiene consi-

glo á Magdalena y á su hijo?

— Pues bien Frantz, me abandono á ti, dijo el joven con tierno acento, tendiendo sus manos á Frantz con una sonrisa celeste, te seguiré hasta la tumba.

El estudiante la estrechó contra su pecho arrastrándola suavemente hacia la puerta secreta.

— Al fin es mía! dijo con delirio; nada podrá separarnos de adelante, ahora comienza nuestra felicidad.

Una carcajada seca y estridente resonó detrás de ellos; ambos jóvenes se detuvieron helados de espanto, y en el mismo instante la puerta se abrió, y el baron entró en el aposento seguido de Fritz Reutner.

XXVII.

El baron no llevaba ya aquellos atavíos belicosos que se echó encima por un capricho de su locura, pero sin embargo, no por eso era menos terrible su aspecto. Su descompuesta fisonomía manifestaba una ferocidad sin limites unida á una especie de alegría de idiota. En la mano llevaba un pedazo de pergamino en que se veían trazadas con sangre algunas gruesas letras. Adelantándose hacia los dos jóvenes, les miraba fijamente riéndose como hemos dicho.

— Al cabo me ha oído, murmuró con una voz sonora; ha aceptado mi pacto sin titubear... Aquí están los dos juntos, y hé ahí el Camino de la Huida que tanto he buscado... Bien, mi dueño y señor, continuó dirigiéndose al ser invisible de quien se creía perseguido, has cumplido bien pronto tu palabra. Ah! ah! quieres mi alma, la tendrás. Toma primeramente, aquí tienes mi pacto firmado con mi propia sangre.

Y al mismo tiempo arrojó por encima de su hombro izquierdo y sin volverse el objeto que tenía en la mano. El pergamino revoloteó un instante á impulso del ligero viento que entraba por la puerta entreabierta, y luego desapareció en la oscura escalera de la torrellita produciendo un ligero murmullo.

Whilelmina y Frantz atónitos de dolor y de espanto se estrechaban el uno contra el otro.

— Cierra la puerta, Fritz Reutner; repuso el mayor dirigiéndose al hijo de Magdalena, cierra la puerta y ten cuidado con dejar salir á nadie... Mi aliado suele á veces llevarse con una mano lo que acaba de dar con la otra, y á pesar de sus apariencias de buena fe no quiero fiarme en él enteramente.

Fritz obedeció puntualmente como si hubiese recibido la orden mas razonable; el sentimiento del deber era el único móvil de aquel obtuso entendimiento. A una señal de su amo se habría echado sobre Satanás, si este se presentase bajo una forma palpable. Nada á sus ojos, ni aun la misma locura podia libertarle de la obediencia pasiva que creía deber al baron de Steinberg.

De este modo se apresuró á echar los cerrojos á la puerta contra la cual se apoyó, para mas precaucion, frío é impasible como siempre.

Whilelmina trató de combatir aquella horrible aberracion mental. Desprendiéndose de los brazos de su marido, se adelantó tímidamente hacia el mayor y le tomó la mano diciéndole con su voz dulce y melancólica.

— Enrique, ahuyentad esas crueles visiones; volved en vos, hermano mio... soy yo... vuestra hermana Whilelmina...

— Déjame en paz! dijo el baron rechazándola fuertemente; te conozco, eres Berta de Steinberg, la hermosa Berta... y él, continuó designando á Frantz, es Carlos de Stoffensels, llamado el Hermoso Escudero... Yo soy el baron Manuel, vuestro juez y señor.

Whilelmina entrevió con espanto el peligro que habia en

que la imaginacion de su hermano persistiera en ese extraño error.

— Enrique! Enrique! exclamó con voz sorda, reconocido me... No soy Berta... la pobre Berta murió hace muchos años; yo soy Whilelmina...

— Eres Berta, interrumpió bruscamente el insensato; no tengo hermana, no tengo mas que una hija culpable... que me ha engañado, dejándose seducir por Stoffensels, mi enemigo... Ademas, ya sabes la ley inexorable impuesta desde tiempo inmemorial á los señores de Steinberg; todo el que penetra el secreto del Camino de la Huida, debe morir!... Tu amante y tú vais á morir.

La joven lanzó un grito penetrante y retrocedió aterrorizada á su marido, porque principiaba á comprender los horribles proyectos de su hermano.

Como las palabras del mayor no tenían ningún sentido razonable para Frantz, este examinaba con un aire de profunda afición al desgraciado Steinberg. Las tentativas de Whilelmina para reanimar aquella inteligencia perdida habian sido infructuosas de todo punto. Sin embargo, el estudiante queriendo intentar algo por su parte, dijo con un sincero acento de tristeza:

— Mayor de Steinberg, pasiones injustas y ciegas han turbado vuestra razon... Desechad tan absurdas visiones, recordad esa calma y esa dignidad propias de un noble, de un valiente oficial y de un hombre de mundo. Reconcedme; soy ese joven estudiante que durante vuestra ausencia se atrevió á amar á vuestra hermana Whilelmina; un matrimonio secreto nos ha unido... Sin duda somos culpables por no haber solicitado vuestro consentimiento; pero bien caro nos ha costado! Ved lo pálida que está aun vuestra hermana Whilelmina á consecuencia de su herida; y en cuanto á mí, si me conociésemos mejor, acaso no me juzgariais indigno de vuestra estimacion y amistad.

El baron le escuchaba atentamente; de pronto se dió un golpe en la frente como acordándose de alguna cosa y exclamó:

— Ah! si... el hijo del tonelero!

Esa frase insignificante en apariencia indicaba sin embargo una débil reaccion de la inteligencia contra los sueños calenturientos de la locura. Whilelmina concibió alguna esperanza, y Frantz continuó con dulzura:

— No soy el hijo de un pobre artesano, aunque me haya visto obligado á afirmar esta fábula... Hoy me arrepiento de no haberos dicho la verdad francamente, á pesar del peligro que encerraba para mí esta confesion... El peligro existe todavia, pero si el conocimiento de mi verdadero nombre debe calmaros, os diré que soy el conde Federico de Hohenzollern, segundo hijo del principe reinante de Hohenzollern.

Y dicho esto, se detuvo para juzgar el efecto que producía esta revelacion.

— Hohenzollern! repitió maquinalmente el mayor.

Whilelmina miró á su marido con extrañeza.

— Conque sois noble? murmuró como reconociéndole, y no me lo habeis dicho?

— Me habeis amado á pesar de mi oscura condicion, á pesar de mi pobreza, respondió el joven con ternura, y esta circunstancia será siempre mi orgullo y mi alegría. Pero no debemos ahora detenernos en este punto... Mayor de Steinberg, os he dado esplicaciones tan leales como completas; persistis ahora en esos sentimientos de odio y de venganza indignos de un caracter generoso como el vuestro?

El baron estaba meditando, como buscando en la inteligencia un pensamiento fugaz que se escapaba siempre.

— Hum! hum! dijo al fin con una sonrisa irónica, si mi aliado el diablo no le hubiese traído aquí, cómo estaría en mi casa a estas horas?

Esta recada arrancó un gemido á la pobre Whilemlina; pero Frantz no podía dar crédito á lo que estaba viendo.

— Mayor de Steinberg, amigo, hermano mio, repuso con calor; he logrado llegar aquí por medio de ese pasaje secreto cuya entrada he descubierto...

— Con que has descubierto el tesoro de mi familia?... has visto las inmensas riquezas acumuladas por mis abuelos? Con que has usurpado el antiguo derecho de los barones de Steinberg?

— No os bagais ilusiones, mayor, ese tesoro consiste en algunos papeles carcomidos y sin valor ninguno. La cueva donde los he hallado pudo encerrar antiguamente grandes sumas de oro y plata, pero en el día está vacía, y parece un sombrío y triste calabozo!

— Berta y el Hermoso Escudero murieron allí de hambre! murmuró el mayor; añadiendo al cabo de un momento de silencio: mi amigo Satanás es el que te ha mostrado el terrible Camino de la Huida?

— Os repito que no ha sido el demonio... á ménos que no haya tomado la forma de una cigüeña herida y moribunda...

Esta sola palabra de cigüeña volvió á sumergir al baron en todas sus locuras y furiosos.

— Le ois? dijo dando gritos; al cabo me ha confesado la verdad... Si, si, reconozco tu mano en todo esto, Satanás; has cumplido tu palabra, y yo tambien voy á cumplir la mia... Soy el baron Manuel! Aquí está el señor de Stoffensels y la culpable Berta, y mas allá el Camino de la Huida... Está bien, está bien, cigüeña del Steinberg, ¡oy á obedecerte al instante.

Frantz se volvió haciendo una señal de desaliento; pero Whilemlina, en medio del desorden de las ideas de su hermano, descubría un obstinado pensamiento de venganza. Bien luego pudo convencerse de que sus temores eran fundados.

— Fritz Reutner, dijo el baron con acento solemne, volviéndose hácia el hijo de Magdalena, eres un criado fiel, y vas á ayudarme á vengar el honor ultrajado de la casa... Estás dispuesto?

— Qué mandáis, señor? preguntó Fritz tan sencillamente como si se hubiese tratado de tomar las órdenes para una partida de caza.

El baron permaneció un momento sin responder, porque se hallaba ocupado en mirar alternativamente á los dos jóvenes como si estuviera meditando un plan de ataque.

— Señor mayor, exclamó Frantz con vehemencia: ay de vos si empleáis la violencia contra vuestra desgraciada hermana! Volved mas bien vuestra cólera contra mi solo.

— Contra tí, sí, contra tí solo, murmuró el baron; Fritz, encárgate de Berta... Me es imposible poner la mano sobre mi hija, la hija de mi vejez... Vamos á ver nosotros dos, Cárlos de Stoffensels.

Y al decir esto, se lanzó sobre el joven ántes de que este hubiese tenido tiempo para ponerse en guardia, y principió entre los dos una lucha cuerpo á cuerpo. Whilemlina en este terrible conflicto queria separar á los combatientes; pero el robusto Fritz se lo impedía ejecutando al pié de la letra las órdenes de su amo.

— Cómo, miserable! exclamaba, con que te atreves á faltar al respeto á una baronesa de Steinberg!

Fritz se detuvo confuso y cortado.

— Señorita, dijo con un tono áspero: el señor baron es

el jefe de la familia... él es el amo, y á mi solo me toca obedecerle...

— Y no soy yo tambien tu ama? No soy una Steinberg lo mismo que él?... Además, añadió con voz mas baja, no ves que está loco rematado?

Esta última razon no era muy concluyente á los ojos de Fritz Reutner, sin embargo el caso era apurado: á quién de los dos debía obedecer? En su perplejidad permanecía inmóvil.

Whilemlina creyó haberle sometido á sus voluntades.

— Sepárale en nombre de Dios, en nombre de tu madre! exclamaba señalando con el dedo á los dos enemigos que se arrastraban á sus piés, ó tendrás que dar cuenta de los males que habrás causado. Cobarde imbécil, no estás viendo que quiere cometer un crimen?

Whilemlina quiso con sus débiles manos separar á los combatientes, pero Fritz no hizo el menor movimiento para ayudarla.

De repente una voz ronca y profunda parecida al rugido de un león le gritó diciendo:

— Una cuerda!... una cuerda!... Fritz Reutner.

El resultado de la lucha entre el terrible baron y el pobre estudiante no había estado dudoso largo tiempo.

Frantz era mas joven, pero tambien se hallaba muy débil todavía de resultados de su peligrosa enfermedad; y el colosal mayor por el contrario sentía acrecentadas sus fuerzas por la fiebre de la venganza y la locura; en igual momento se habrían necesitado muchos hombres para contenerle.

Por eso no le costó ningún trabajo el echar por tierra al desgraciado Frantz, á pesar de los impotentes esfuerzos de Whilemlina.

Al oír la voz de su amo Fritz dejando á un lado sus escrúpulos, volvió á sus hábitos de obediencia pasiva, y arrojando de la pared un pedazo de cuerda que sostenía uno de los tapices ató con él al joven caído en el suelo y sujeto por el mayor.

Viendo á aquellos dos hombres tan encarnizados contra Frantz, Whilemlina quería rechazarlos y enternecerles al mismo tiempo.

— Enrique, qué estás haciendo, le decía... Es mi marido, vuestro hermano... Oh! cobardes! dos contra uno solo! Fritz, miserable ingrato, esa es la recompensa de mi indulgencia y de mis bondades? Mi hermano ha perdido el juicio, pero tú puedes comprenderme, tú sabes lo culpable que es semejante violencia... Enrique! Enrique! en nombre de nuestro padre, en nombre de Dios, no os manchéis con un crimen horrible!

— Whilemlina! murmuró Frantz medio sofocado, no penséis en mí, huid, huid, si podeis escaparos todavía.

— No, no, quiero que sea la misma vuestra suerte!... Pero mi hermano no tendrá valor para atentar contra vuestra vida!... nunca ha sido malo...

Al llegar aquí se detuvo y se cubrió el rostro con ambas manos: Enrique de Steinberg acababa de levantarse, después de haber puesto á Frantz en la impotencia de hacer un solo movimiento. El aspecto que presentaba entonces era horrible: una espuma blanca se veía en las dos estremidades de su boca; los músculos de su fisonomía se contraían convulsivamente; sus ojos se hallaban inyectados de sangre, en una palabra, nada en él parecía humano.

— Oh! Dios mio! exclamó Whilemlina aterrorizada, ese no es mi hermano Enrique!

El mayor dijo á Fritz señalando á la joven con un ademán terrible:

— Encárgate de Berta... yo tomo por mi cuenta al señor de Stoffensels...

Reutner permaneció inmóvil y miró á su amo; quizá iba á resistir á las voluntades de aquel loco, Whilemlina concibió alguna esperanza.

— Tómala en brazos y sígueme! repitió Enrique de Steinberg sin dejar de señalar á su hermana...

El estúpido Reutner no titubeó un instante; la primera vez no había comprendido el orden del mayor y por eso había titubeado; ahora tomó á la joven levantándola en sus brazos fuertes y nervudos.

El mayor se echó al hombro el cuerpo del desgraciado Frantz con una masa inerte.

Los dos jóvenes esposos lanzaban gemidos penetrantes; pero ningún podía oírlos en aquella habitación aislada, habitada únicamente por una anciana tan débil como tímida? En medio de aquel desorden, Fritz dejó caer la mesa y la lámpara se apagó al caer al suelo. Entonces no se vió mas luz que la que despedía un pálido rayo de la luna. La linterna de Frantz ardia aun en medio de las piedras amontonadas en los primeros escalones del Camino de la Huida, y á ese vacilante resplandor se descubría el pasaje bajo la tierra lo mismo que una tumba.

El baron se dirigió rápidamente hácia la abertura practicaada en el muro, pero Fritz se espantó al encontrarse á oscuras.

— Adónde vamos? preguntó.

— Ya lo estás viendo, al infierno!

El mayor iba bajando ya con su carga la tortuosa escalera que conducía al interior de la torre. La respuesta de su amo había despertado los supersticiosos temores de Fritz; Whilemlina sentía que temblaba, pero al punto dominó su emoción.

— Al infierno!... repitió... el baron de Steinberg es mi amo, le seguiré.

Y al decir esto entró resueltamente en el subterráneo en cuya escalera se unió con el mayor. Ambos marcharon juntos algunos instantes en silencio; Frantz y Whilemlina anonadados parecían haber perdido el uso de sus sentidos; sus gemidos eran muy débiles para que se oyeran.

Cuando llegaron al sitio en que el pasaje formaba una especie de sala, Enrique se detuvo de repente, y dijo en tono solemne estas palabras:

— Espíritu del mal, mi aliado y amigo, y bien luego mi dueño, señáleme el calabozo donde el baron Manuel debe encerrar á la culpable Berta, y al traidor Stoffensels.

Un rellejo de la linterna que llevaba el baron en la mano cayó sobre la maciza puerta del antiguo tesoro del Steinberg. El baron soltó una fuerte carcajada, que repitieron tristemente los ecos subterráneos.

— Así pues, repuso con una alegría salvaje, se va á cumplir el destino!... Berta y el Hermoso Escudero morirán de hambre en el Camino de la Huida del Steinberg... El infierno ha accedido á mis deseos.

XXVIII.

A la mañana siguiente un poco ántes de salir el sol, se oyeron muchos golpes seguidos en la puerta exterior del Steinberg. Ya hemos dicho varias veces que esta puerta se hallaba separada del castillo por el patio convertido en huerta.

Sin embargo los golpes eran tan fuertes que Fritz no pudo

ménos de oírlos: saltó de la miserable cama en donde dormía vestido, y con los ojos encarnados por la privación de sueño, se dirigió lentamente á la puerta. Por entre las rendijas quiso ver á los que se anunciaban con tal estrépito, pero solo pudo convencerse de que formaban un numeroso grupo.

Al cabo de un instante les preguntó lo que querían.

El ruido cesó al oír esta pregunta.

— Estaba seguro de que vendrían, dijo una voz enfática...

Abre pronto, te lo mando en nombre del gran duque nuestro soberano.

— Quién sois?

— Soy el juez de Stoffensels.

— No se entra; contestó Fritz disponiéndose á marcharse.

— Abre pronto, tuante, dijo una voz en un tono mas elevado que la del juez. Tu amo, ese baron arruinado debe ponerse muy contento cuando le vienen á ver personas de mi especie.

— Y quién sois vos? preguntó Fritz deteniéndose de nuevo.

— Soy hijo de un principe reinante... y puedes anunciarle canónigo de Munster.

— Hijo de un principe! canónigo! murmuró Fritz: diablo! Pero al cabo de un instante añadió: No se entra.

Una explosión de imprecaciones se oyó al otro lado de la puerta.

Dejádmelo que hable, gritó un tercero, porque no puede ignorar mis derechos sobre el Steinberg; las órdenes que tiene no son concernientes al caballero Ritter... Señor Fritz Reutner, continuó con acento mas suave, podeis ir á decir al baron que estoy aquí, que vengo á reclamar la ejecución de cierto convenio que tenemos pendiente... Decidle que pienso hablarle con los miramientos debidos á su categoría é infortunio, pero que traigo aquí personas dispuestas á sostenerme en caso de resistencia... Ahora marchad pronto; y cuidado con hacernos esperar largo tiempo; en recompensa, os pondré de guarda del Steinberg, en cuanto haya entrado en mi posesion lo que no tardará mucho en verificarse.

Fritz sabia que estaba vendido el castillo, y por consecuencia no podia responder al sumiller lo que había respondido á los otros. Después de haber reflexionado un rato contestó que iba á prevenir á su amo y tomó el camino de la torre.

La ausencia fué bastante larga; los forasteros cansados de esperar se preparaban á llamar de nuevo, cuando un ruido de pasos y de llaves les anunciaron que iban á entrar bien luego.

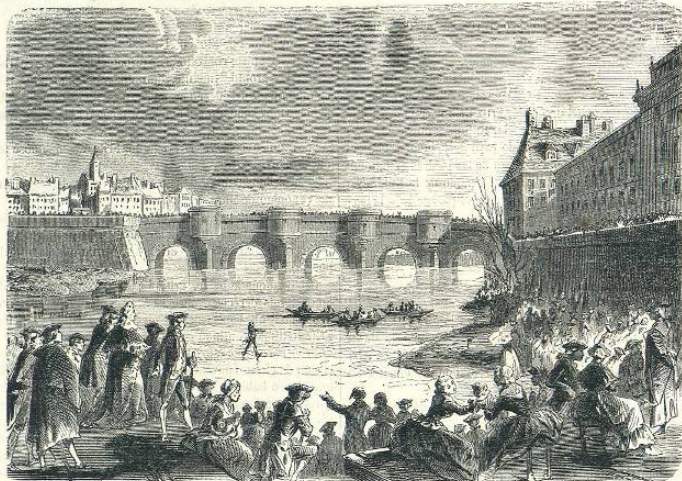
En efecto un instante despues se oyeron rechinar los cerrojos y candados, la puerta volvió sobre sus goznes, y entónces penetraron en aquella sombría morada, cerrada despues de tanto tiempo.

Alberto Schwartz marchaba á la cabeza, vestido aun con su miserable traje de estudiante que contrastaba con sus modales insolentes; detras iba el caballero Ritter, con el aire grave y majestuoso de un conquistador que entra por una brecha, seguido de un juez amildonado, taciturno y grueso como todo magistrado alemán con un alguacil á caballo, y por último cerraban la marcha tres ó cuatro soldados de policia cuya presencia había exijido Ritter para tener una seguridad completa.

(Se continuará.)

ESPERIENCIA HECHA EN EL SENA EN PARIS EN 1785.

En 1783, el *Journal de Paris* anunció que un relojero había inventado unos zapatos elásticos con los cuales atravesaría el Sena cincuenta veces por hora. Para hacer su experiencia pedía que se le asegurase por suscripción la suma de 200 luisés, comprometiéndose a no tocar a este dinero hasta tanto que hubiese atravesado el Sena delante de todo



Dibujo copiado de una estampa del siglo XVIII por M. Foulquier.

de Flesselles vino a revelar que la supuesta experiencia era una broma y nada mas.

Dos años despues la cosa hubo de verificarse en efecto. Hé aqui lo que leemos en la correspondencia de M. Grimm, con fecha del mes de setiembre de 1785:

« Hacia fines de 1783, estábamos llenos de vergüenza por el engaño de un sujeto de Lyon, el cual para poner a prueba nuestra credulidad habia hecho anunciar con mucha pompa el descubrimiento de unos zapatos elásticos a cuyo beneficio se podia andar por el agua sin mojarse los pies. Este milagro le hemos visto hace dos meses, y el prodigio causó tan poca sensacion, que casi podriamos dispensarnos de hablar de ello.

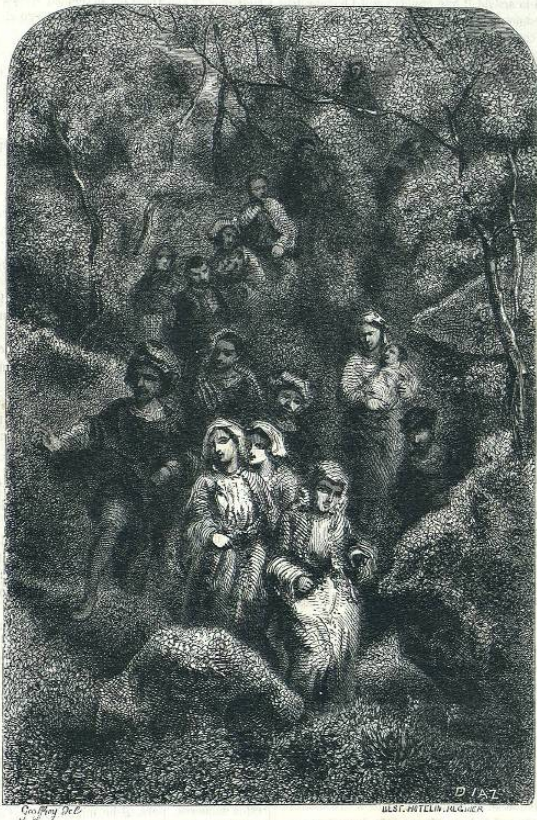
« Un español hizo esta experiencia el 5 de setiembre en medio del Sena. Se colocó en el agua sin mas que sus zapatos: entró en el rio, siguiendo ó no siguiendo la corriente y se detuvo muchas veces bajándose para tomar agua en la palma de la mano, sin caerse. Andaba lentamente y con cuidado sin duda por lo dificil que parecia serle el guardar el equilibrio; estuvo en el agua unos veinte minutos, y al

el mundo. Además, el periódico aseguraba que el descubrimiento era verdadero. El rey abrió la suscripción, enviando 45 luisés a la redaccion del periódico, y tantos se apresuraron a seguir su ejemplo que bien luego el *Journal de Paris* añadió que la suma estaba completa, y al mismo tiempo sus redactores comunicaron este resultado a un habitante de Lyon que fué el que les escribió las promesas del relojero; pero una carta del in tendente de esa ciudad, M.

plegar a la orilla, se quitó los zapatos y los metió en una caja a fin de ocultar su forma a los espectadores. A alguna distancia de él iban dos ó tres barquichuelos para socorrerle si llegaba el caso.

« Fácil es concebir que para conseguir esto, no hay mas que remover una masa de agua igual al peso del que anda. El pié cubico de agua pesa 70 libras, de modo que con remover 2 piés debe sostenerse a la superficie un hombre que pese 140 libras. Estos zapatos no son mas que un barco dividido en dos partes, y la única dificultad que hay es la de conservar el equilibrio en esta posicion, lo que sin duda necesita tanta destreza y ejercicio como el danzar en la cuerda y los demas ejercicios de este género. No hemos podido saber el nombre de este español, y lo que únicamente podemos decir sobre su persona es que se habia dado el titulo de académico de Barcelona y de pensionado de S. M. Católica, títulos que le han sido disputados de un modo bastante humillante para él por el señor abate Jimenez, en una carta enviada al *Journal de Paris*.

LOS GITANOS.



Dize. — Los gitanos.—Dibujo de Geoffroy.

Un grupo de hombres, de mujeres y de niños va marchando por entre unas rocas cubiertas de vegetacion. No hay que preguntar al artista si nos les representa tales como les vió, si van á alguna fiesta, ó si es una de esas peregrinaciones que hacen continuamente, porque él mismo puede decirse que lo ignora. Lo que le ha seducido ánte todo, es la magia de esas luces que penetran á través de los árboles, esos rostros de mujeres brillando en las medias tintas, y todas esas sombras agitándose medio desvanecidas entre las hojas. Lo que ha querido representar es ese genio flotante, risueño y aventurero, genio vagabundo que para simplificar la vida lo reduce todo á la hora presente.

Ese genio, largo tiempo encarnado en ciertas razas de origen desconocido que recorrian la Europa, parece destinado en nuestros tiempos modernos á desaparecer con ellas. A medida que las sociedades se van organizando, los elementos esparcidos se arraigan tambien, y un trabajo de arreglo y consolidacion se va operando por todas partes. El individuo que erraba á los bordes de la civilizazion, viviendo con despojos, halla un puesto en ella para fijarse; la cabaña reemplaza la tienda, en tanto que la casita de ladrillos reemplaza la cabaña.

Pero bueno es que el arte nos conserve al ménos la gracia pintoresca del tiempo primitivo. El arte debe fijar esos

fugitivos reflejos y esos perfiles cambiantes que el sol del progreso desvanecía a cada época, en el mundo de los vivos.

Entregada á la actividad humana, la faz del mundo debe modificarse de siglo en siglo, bajo pena de desobedecer á la ley establecida por el mismo Dios, y esas transfiguraciones sucesivas forman los capítulos de nuestra historia. Los mármoles de Atenas y de Roma nos han revelado la vida antigua; las esculturas de nuestros palacios y nuestras catedrales nos han dado á conocer la de la edad media; la era moderna tendrá también sus traducciones inmortales, que enseñarán á las futuras generaciones lo que fué nuestra sociedad contemporánea.

ESTADÍSTICA DE FRANCIA.

La sección de longitudes de la academia de ciencias de París, acaba de publicar su Anuario, del cual tomamos los siguientes pormenores estadísticos sobre el movimiento de la población de Francia.

«Durante los treinta años transcurridos desde 1817 á 1849 han nacido en Francia 16.459,349 niños y 15.504,541 niñas, viniendo á ser con corta diferencia la relación de los primeros guarismos con los segundos de 47 á 46. Así, pues, por un término medio, los nacimientos anuales de varones esceden en una dieciséisava parte á los de las hembras.

Los nacimientos de hijos naturales de ambos sexos parece ser que no guardan armonía con la proporción de 47 á 46. El número de dichos nacimientos desde 1847 á 1849 ha ascendido en toda la Francia á 1,166,906 varones y 1,121,038 hembras. La relación en que está la primera cantidad con la segunda es con corta diferencia de 25 á 24: lo cual parece indicar que en esta clase de hijos el número de las hembras se aproxima más al de los varones que en los hijos legítimos.

Durante los mismos treinta años indicados ha acontecido por espacio de cuarenta y cuatro veces que el número anual de nacimientos de hembras ha escedido al de varones en algunos departamentos, á saber: tres veces en los Bajos Alpes; tres en los Altos Alpes; una en el departamento de Ardenas; otra en el de las Bocas del Ródano; otra en el de Cantal; otra en el de Charente; dos en el de Cher; cuatro en el de Coreze; otras cuatro en Córcega; una en Dordogne; una en el Finisterre; una en el Côte d'Or; dos en el Herault; una en el Isere; una en el Alto Loira; una en el Loira Inferior; una en el Loiret; cuatro en el Lot y Garona; una en la Mancha; dos en Marne; una en Meurthe; una en el Norte; una en el Orne; una en los Pirineos Orientales; una en el Ródano; dos en el Alto Saone; una en el Var; y dos en el Yonne.

A fin de averiguar si ejerce alguna influencia el clima en la relación de los nacimientos, se han considerado separados dos grandes grupos de departamentos, ocho en el Norte de Francia, á saber: Aisne, Ardenas, Mosela, Norte, Oise, Paso de Calais, Sena Inferior, Somme; y quince en el meridiano, que son los siguientes: Ariège, Ande, Bocas del Ródano, Gard, Alto Garona, Gers, Herault, Landas, Bajos Pirineos, Altos Pirineos, Pirineos Orientales, Tarn, Tarn y Garona, Var, y Vaucluse. En cada uno de ambos grupos se cuentan de 130 á 140,000 nacimientos anuales. El primero está comprendido entre los paralelos de 49 y 51 grado; el segundo está todo él al Sur del paralelo de 44 grados y medio.

En los departamentos situados al Norte, han nacido desde

1811 á 1849, en treinta años, 2,307,704 varones y 2,172,283 hembras. Estos números guardan entre sí la misma proporción que 47 con 46,002 ó 40,625 con 4. En los departamentos meridionales han nacido durante el mismo transcurso de tiempo 2,305,681 varones y 2,175,520 hembras. Estos guarismos son entre sí como 47 es á 46,044, ó 40,598 es á 4. Las mismas relaciones resultan considerando los nacimientos ocurridos durante cinco, diez y quince años. La pequeña diferencia que se echa de ver en la relación de 40,625 con 40,598, guarismos de los departamentos del Norte y Meridiana de la Francia, patentiza que el exceso que se advierte de nacimientos de varones sobre los de hembras no depende del clima de una manera sensible.

El número de los nacimientos de varones y el de los de hembras observan entre sí con corta diferencia la misma proporción que los números 47 y 46, en cuanto á los hijos legítimos; la misma que los números 25 y 24, en cuanto á los hijos naturales, y la misma que los números 47 y 46, en cuanto á la totalidad de hijos.

Por cada hijo natural que nace, nacen 12,974 ó cerca de 13,974 legítimos, lo cual viene á producir un resultado de 40 hijos naturales, por 430 legítimos.

Las defunciones de varones esceden á las de hembras, hallándose representadas las primeras por el número 70, y las segundas por el 69.

Por lo que dice relación al aumento de población, vese claramente que en ella toman una parte mucho mayor los varones que las hembras: contribuyendo los primeros con una 369 parte, y las segundas con una 488.

Si el aumento total de población observado en la actualidad, que es de unas 215 partes, siguiere guardando proporción, dicha población se aumentaría en una décima parte en veinte años, en dos décimas partes en treinta y nueve años, en tres décimas partes en cincuenta y seis años, en cuatro décimas partes en setenta y un años, en la mitad en ochenta años, y sería preciso el transcurso de ciento cuarenta y siete años para que se aumentase en un doble de lo que existe en la actualidad.

Por cada 3396 habitantes se cuenta un nacimiento y 84 defunciones, ó 400 nacimientos por 84 defunciones.

Por cada 40 habitantes se cuenta una defunción, y por un nacimiento la quinta parte.

Por cada 428 habitantes y cuatro nacimientos, se cuenta un casamiento.

Por cada casamiento se cuentan 3, 4, hijos legítimos. En el período transcurrido de 1817 á 1840, la relación en que se ha observado que se hallaba la población con el número de nacidos, era de 31 á 8 en un principio, de 33 á 9 á la mitad de dicha época, y de 36 á 4 á fines de ella. Por estos números, pues, debe multiplicarse el de nacimientos anuales correspondiente para graduar la reproducción. Pero dichos números, considerando poco mas ó ménos como estacionada la población, manifiestan también el término por un cálculo medio de la vida de los individuos en cada época. La vida media de los individuos duraba por lo tanto unos 34 años, ocho años después del de 1817; unos 33, diez y seis años después: y en la actualidad unos 36 años.

El cuadro de mortalidad de Davillard, tan solo señala unos 28 años, como la edad, término medio, de la vida de los individuos, ántes de la revolución. Vese, pues, que ha sobrevenido un aumento de casi siete años, el cual sin duda debe provenir del uso de la vacuna, de los adelantos practicados en el régimen higiénico y del bienestar que se ha procurado proporcionar aun á las clases mas pobres. Semjante

aumento indica un cambio favorable sobrevenido en las leyes de la mortalidad, el cual ya se ha hecho sensible en Francia por otros hechos anteriores, así como también en una gran parte de Europa.

He aquí ahora el movimiento de la población de París en 1850.

La ciudad de París cuenta 945,724 habitantes; de ellos 487,313 pertenecen al distrito de Saint-Denis y 423,523 al de Sceaux. Total del departamento del Sena 1.364,933 habitantes.

En las casas han nacido 9,484 varones y 9,459 hembras procedentes de matrimonios, 2,493 varones y 2,429 hembras fuera de matrimonio.

En los hospitales han nacido de matrimonio 197 varones y 210 hembras, y fuera de matrimonio 2,549 varones y 2,508 hembras. Total 45,032 varones y 44,606 hembras.

Total general de nacimientos 29,628.

De este número han sido reconocidos 977 varones y solamente 789 hembras.

Las defunciones han ascendido á 25,126, de las cuales 12,616 han sido de varones y 12,510 de hembras. Resulta, pues, un exceso de 4,502 nacimientos sobre las defunciones.

En 1850 se han celebrado 8,444 casamientos entre solteros. 512 entre solteros y viudas, 989 entre viudos y solteras, y 352 entre viudos y viudas. Total general de casamientos 10,927.

Si se pretende saber cuánto han comido y bebido los individuos de la ciudad de París en 1850, hé aquí las noticias que sobre el particular suministra el *Calendario de las longitudes*:

Vinos en barril: 1.155,868 hectólitros (cada hectólitro equivale á 49 azumbres y media.)

Vinos embotellados: 8,777 hectólitros.

Total de consumo de vinos 1.164,343 hectólitros.

Cerveza que ha entrado por las puertas de París 18,691 hectólitros.

Cerveza fabricada en París: 77,548 hectólitros.

Total de cerveza consumida: 96,239 hectólitros.

El consumo de carnes de todas clases ha ascendido á 50,827,378 kilogramos (cada kilogramo equivale á mas de dos libras) salidos de los mataderos. Si se añade á esta cantidad 47,276,876 kilogramos, procedentes del exterior de París, se obtendrá la enorme suma de 68.464,254 kilogramos de carne. Uvas han entrado 4.909,275 kilogramos; pasteles, cangrejos y frutas, 60,615 kilogramos.

En los mercados públicos se han despachado por valor de 6.238,536 francos de pescados de mar; 1.723,691 francos de ostras; 676,602 francos de pescado de agua dulce; 4.294,776 francos de caza; 4.118,723 francos de mantea, y 5.479,452 francos de buenvos.

En fin, para procurarse calor han quemado los habitantes de París en el año á que nos referimos, 735,650 esterios de leña de todas clases. (El esterio es una medida que equivale á 6 pies y cuarto cúbicos de Castilla.) 2.338,119 hectólitros de carbón piedra. Total 6.433,355 hectólitros.

OBSERVACIONES SOBRE UN ECLIPSE.

El último eclipse ha dado lugar á hablar de las diferentes hipótesis por las que se ha tratado de explicar las llamas rojizas y las protuberancias singulares que no aparecen sino en los eclipses totales. Son, dicen, algunas nubes incandescentes que flotan en la atmósfera solar, y su presencia confirma la de la misma atmósfera. Son mas bien, espesones otros, conjuntos de materia muy tenue, quizás gaseosa,

que circulan muy cerca del sol, pero en el vacío; así como las masas planetarias, sujetas á las leyes de la gravitación universal; y para dar peso á tales ideas hipotéticas se notan los nombres de Arago y Babinet. La opinión de M. Jaye desembaraza al sol de ese cerco misterioso y generalmente invisible, atribuyendo el fenómeno de las prominencias á un efecto óptico, á una ilusión.

Segun M. Jaye, al observar aquellos fenómenos, debía tenerse también un termómetro sensible á fin de determinar la mayor exactitud posible de las variaciones de temperatura, que la sombra, á pesar de su rapidez, produce en la atmósfera; porque ro obstante la oposición de M. Avry, célebre director del observatorio de Greenwich, M. Jaye persiste en creer que esos cambios de temperatura bastan para causar refracciones extraordinarias capaces de dar origen á las apariencias mas variadas y mas singulares, así como esa misma refracción eleva en el mar un buque sobre su posición verdadera, redobla su imagen y la presenta en situaciones mas variadas é inverosímiles. Además, M. Jaye apela al cálculo, y demuestra que desde el instante que un rayo de luz es reflejado hacia la tierra por cualquiera faceta brillante de las montañas de la luna, y por poca que sea su intensidad, se puede con una atmósfera desigualmente enfriada, esparcirlo en llamas, en lenguas de fuego, dispersarlo en cuentas luminosas, ordenarlo en nubes exteriores en derredor del disco de la luna, representar, en una palabra, la inmensa variedad de hechos referidos por los observadores.

La academia de ciencias recibió una copia al duaguerreotipo que representa el disco de la luna en el cuarto creciente, copia obtenida por M. Bond.

No es esta la primera vez que se ha mostrado la capacidad fotográfica de la luz de la luna; se habian impresionado láminas sensibles con la luz reconcentrada por medio de un lente: pero el resultado de semejante impresion no era mas que una mancha blanquecina, desprovista de rasgos y en la que no se reconocia nuestro satélite. La copia de M. Bond es, por el contrario, una verdadera imagen, un retrato de la luna bellamente ejecutado, y en el que se advierten los rasgos y señales de su superficie, tal como se vé absolutamente en el foco de fuertes telescopios. Si juzgásemos por la curvatura del borde circular de su imagen, de que nos ocupamos, tendria, si fuera completa, casi un decimetro de diámetro, y para obtenerla directamente ha debido emplearse una objetiva de 8 á 10 metros de longitud focal. En efecto, el gran telescopio paraláctico de Cambridge sirvió de cámara oscura en esa ocasion. Quitada esa ocular, la lámina fué puesta en el foco del instrumento que, movido por su propio mecanismo, comunicó á la superficie (cerion) impresionable un movimiento igual al de la imagen misma, de suerte que, durante la impresion, no hubo desvío relativo sensible entre la lámina y la imagen óptica de nuestro satélite que caía en su faz. Sin aparatos iguales no debe pensarse en sacar una imagen fotográfica de la luna. En esta operacion deben concurrir con sus medios la astronomía y la fotografía.

IGLESIA DE LERY.

(DEPARTAMENTO DEL SEURE.)

La iglesia de Lery ha debido construirse ó fundarse hacia el siglo XI. Los adornos de su fachada tan sencillos como poco variados, no tienen un gran mérito de ejecución, pero en el conjunto se distingue cierta armonía. Las tres ventanitas juntas que hay sobre la puerta producen un efecto agradable. Los capiteles de estas ventanas se hallan ador

nados con hojas de acanto cortadas con finura y que se dibujan graciosamente en volutas sobre los ángulos. Los arcos de la bóveda están también graciosamente adornados, y en el remate de la pared delantera del edificio se ve una figura de hombre sentada, y como asomándose á la calle.

El campanario fino y elegante tiene en su estremidad una cornisa de estilo algo pesado sostenida por medio de modillones con cabezas de hombres y de animales.

La cruz del cementerio es de un gusto esquisito, pero desde el siglo XVI el tiempo ha comenzado á deteriorarla alterando la finura de sus perfiles, destruyendo toda expresion de vida en sus figuras así como el efecto de sus ropajes. Por un lado se ve al Cristo en su santa agonía, por el otro está la Virgen coronada con Jesus en brazos y velada con sus largos cabellos y con su ancho manto que cae formando ondulaciones. Debajo se ven tres imágenes de santos sepa-



Vista de la iglesia de Lery.

radados por un capitel de cabezas de querubines alados, y tres ángeles sostienen un escudo donde están esculpidos los instrumentos de la Pasion.

A algunos pasos detrás de la iglesia corre el rio del Eure: los habitantes de las riberas, sin acordarse de los diccionarios y cartas geográficas le llaman el *Dure* á causa de la desigualdad y de la rapidéz de su corriente. Mas allá se estiende el hermoso valle del Sena, que recibe las aguas del Eure á poca distancia de Lery.

EL NIDO DE CIGÜENAS.

POR
ELIAS BERTHET.

(Véanse las págs. 5, 14, 21, 26, 31, 45, 50, 62, 66, 82, 90, 101, 108 y 116.)

Todas estas personas invadieron el patio en cuanto el paso estuvo libre, y Fritz Reutner lejos de oponerse ya á su intru-

ccion, abrió la puerta cuan grande era, sin pronunciar una palabra y aun sin mirar á los recién venidos, y luego reuniendo en su mano llaves y candados, los arrojó desdesfocadamente á la falda de la roca.

Ritter le observaba con sorpresa.

— ¿Qué estás haciendo? le preguntó.

— Estoy obedeciendo las órdenes de mi amo; en adelante todo el mundo podrá penetrar aquí como antiguamente... Pero vamos pronto, señores, mi amo espera.

— Pero vamos á ver, dijo Ritter desconfiándose un poco de este cambio, tu amo está sosegado, razonable? Dicen que tiene momentos de ausencia... de delirio, y si eso fuera, no quisiera esponerme á alguna escena desagradable...

— Podéis venir, repuso Fritz.

— En efecto, pensó el sumiller, somos aquí bastantes para contener á un hombre solo... Sin embargo, señores, añadió volviéndose hácia los esbirros, no os separéis de nosotros,

porque nadie puede responder de las acciones de un loco.

El sugestivo Federico de Hohenzollern charlaba desaforadamente como lo tenia de costumbre, habiendo querido acompañar á Ritter al castillo tanto por servir de algo á su compañero Frantz, cuya desaparicion se ignoraba todavia, como por probar la influencia de su titulo sobre el terrible mayor. Entretanto aquella cohorte guiada por Fritz Reutner atravesó el jardín y entró en la tortuosa escalera que conducia á las habitaciones de la torre.

Á la puerta del cuarto de Whilelmina una especie de sombra examinó un momento á los recién llegados y desapareció bien luego en la oscuridad: era Magdalena Reutner, que al ver entrar en el Steinberg tantas personas habia adivinado la verdad, é iba á prevenir á Whilelmina, y á ayudarla á hacer sus preparativos para dejar la torre.

Los invasores continuaron su ascension sin fijar su atencion en este encuentro. Sin embargo á medida que se iban acercando al cuarto abovedado dende debía estar el baron, habian ido cesando todas las conversaciones.

En el momento de entrar, Ritter se acordó de que la etiqueta le prohibia preceder al supuesto conde de Hohenzollern. Alberto por su parte creyó deber ceder el paso al juez, y este ignorando el peligro entró el primero confundiendo en reverencias y cumplimientos.

Pero nada justificaba los temores de Ritter y de Schwartz.

El cuarto abovedado seguia teniendo su triste y sombrío aspecto, pero no se veia en él, el desórden que rodea á un loco furioso.

Hasta el baron tenia un aire bastante sosegado; de pié, en medio del aposento, queria darse cierto aire de importante dignidad.

Su viejo uniforme estaba cuidadosamente abotonado, y su espesa y crespada cabellera no estaba tan indómila como ántes. Llevaba su espada colgada al lado, y un pedazo de encaje muy ajado figuraba una especie de chorrera en la abertura de su casaca.

Esta compostura exterior tan poco acertada ponía mas en evidencia el extravío de sus ideas: sus hundidas mejillas, su livida tez y sus ojos encarnados tenian un carácter particular que no podia engañar á nadie.

Á la vista de aquellos forasteros, pareció acordarse de su antigua urbanidad, y dando un paso adelante é inclinándose profundamente dijo con una voz que ya no tenia nada de insensata.

— Buenos dias, Ritter; os saludo, caballeros, podéis entrar; sé lo que os trae aquí, y me hallo preparado á recibirlos... En verdad, caballero Ritter, no puedo ménos de decirlos que venis bien acompañado.

Los que habian creído que el loco se arrojaría sobre ellos ántes de toda explicacion, se sosegaron al ver tal acogida. Ritter fué el primero que cobró ánimo.

— Buenos dias, mi querido mayor, dijo observando de una ojeada que podia ser socorrido al punto si por acaso una palabra cualquiera despertaba la locura de Enrique; vengo en efecto á reclamar la ejecución de cierta promesa, ó mas bien de cierto contrato... y me he tomado la libertad de traer conmigo á estos señores para llenar las formalidades de costumbre.

— Caballero Ritter, respondió el baron con una irónica sonrisa, confesadme que sospechais alguna resistencia de mi parte... Habeis olvidado acaso que en el regimiento, en Berlin, en Baden, y en todas partes he sabido conservar intacta mi reputacion de jugador?... No teniais necesidad ninguna de venir acompañado... Ademas, añadió en tono

de amenaza, si hubiera querido, aunque hubieseis traído un ejército entero, habria yo hallado aquí defensores mas fuertes que vosotros para arrojaros de este sitio... defensores temibles, con alas negras y espadas de fuego... la legion que Dios precipitó en los abismos infernales despues de la derrota del espíritu rebelde!

Los asistentes se miraron al punto unos á otros: Ritter no se atrevia ya á decir una palabra. El desgraciado mayor repuso al cabo de un instante.

— Pero ya os he dicho que mi reputacion me es muy preciosa... Nadie dirá jamas que el baron de Steinberg ha negado una deuda de juego... He perdido mi castillo, mi nombre, y mi titulo contra vos: os pagare; he perdido mi alma contra Satan, tambien le pagaré: á cada cual su parte en mis despojos.

El sumiller aparentó tomar estas palabras por una chanza y se echó á reir de un modo simulado.

— Buen compañero me dais, repuso timidamente; pero vamos, mi querido baron, me gusta veros tan razonable. Así, antes de invitar á estos señores á formalizar la toma de posesion, os recordaré que en virtud de una cláusula de nuestros convenios precedentes tenéis derecho para quedaros con el Steinberg pagandome la módica suma de veinte mil florines... Podéis pagar esta cantidad al instante?

El mayor meneó la cabeza.

— Vamos, pensado bien... No tenéis nadie que os ayude?

— Nadie: he gastado cuanto poseía tanto en la tierra como en el Infierno.

— En ese caso, señores, dijo Ritter dirijiéndose á la justicia, podéis dar principio á vuestra obligacion; el señor baron os lo permite.

El juez y el escribano se acercaron á una mesa sentándose para escribir en ella. El sumiller tenia que llegara este momento, porque esperaba una explosion por parte del mayor y así con el fin de llamar la atencion del loco hácia otra cosa, continuó diciendo:

— Mi querido mayor, desde que he salido de la Residencia, hasta grosero me he vuelto, todavia no os he preguntado como está vuestra hermana Whilelmina. Se ha curado ya enteramente...

— Ya está buena, respondió bruscamente el mayor.

— Me alegro mucho, repuso Ritter, dispuesto á no pedir otras explicaciones; antes de marchar tendréis la bondad de presentarme á ella para ofrecerla mis respetos... Ademas, aunque legalmente voy á ser dentro de un instante el legítimo dueño del Steinberg, celebraria mucho que os quedáscis algun tiempo viviendo en la torre en calidad de huésped, en tanto que hallais otra morada. Veamos, qué tiempo deseais para salir definitivamente del Steinberg? Quiero fijar este punto... por curiosidad y no por otra cosa.

La fisonomia del baron se cubrió de repente, tanto que el sumiller temiendo no haber sido bastante discreto para manifestar su idea, iba ya á atenuarla cuando Steinberg le preguntó:

— A vuestro juicio, cuánto tiempo creéis que una criatura débil, enferma y desesperada, privada de aire, de luz y de alimento podria soportar su existencia?

— No sé, repuso Ritter, atribuyendo esta estraña pregunta al extravío de las ideas de su interlocutor.

— Decidme vuestra opinion, sin embargo...

— Creo que podrá vivir veinticuatro horas.

— Dentro de veinticuatro horas saldré del Steinberg.

Y el baron fué á sentarse en la sombra á la otra estremidad de la sala.